

Andrés Sabella (1)

## El cielo colorado

### I



**D**ISTRAIDAMENTE, la Virgen María se encontró vagando en los comienzos de la tierra. Lejanos arcos de humo obscurecían la distancia. Un ruido potentísimo llegaba de lejos y ponía en sobresalto su corazón. Con paso quedo, abandonó las postreras arenas celestes y se internó en el mundo.

Era un paso inhabitual y cautivante el que empezaba. Acostumbraba a contemplar las cosas terrenas, desde su balcón, florido de pequeñas constelaciones, ahora tomaría cuenta directa de ellas.

Una callejuela mal empedrada conducía su figura grácil. El cielo le parecía un ala demasiado crecida.

Le disgustó el aspecto de las casas. Eran tristes, sucias. Y cuando encontró a los primeros moradores, estuvo a punto de desmayar de angustia. Los niños iban descalzos, lastimados, casi desnudos. Sus madres miraban desconsoladamente, y de-

---

(1) Nació en 1912 y ha escrito numerosas obras en verso y prosa. También ha cultivado la viñeta periodística. En su libro «Sobre la Biblia un Pan Duro» aparece este cuento, el más logrado de cuantos ha producido su fecunda y ágil pluma.

bajo de la piel alzaba el esqueleto su madera desgraciada. Pronto cruzaron algunos hombres, en quienes se traslucía el abatimiento y la fatiga. ¿Así era la vida?

Bondadosa, se acercó a un grupo de mujeres que negreaba el umbral de una vivienda misérrima:

—¿Qué hacéis buenas mujeres?— preguntó.

—¡Sufrir!—; ninguna boca estuvo ociosa.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco, acaso?

La Virgen se avergonzó. Ondas frías ciñeron su frente lunada. Una sombra de hiel se recortó en su seno. Temblando, propuso:

—¿Queréis admitirme con vosotras?

—Te morirías de hambre...

## 2

En la zahurda de Micaela, la lavandera del Obispo, encontró refugio la desconocida.

Micaela le enseñó el oficio y juntas se las veía palidecer sobre las bateas.

—El señor Obispo es millonario—le contó Micaela.

—¿Qué es esto?—se informa la Virgen.

—Muy rico... Anillos de oro, ropas de seda, casas lindas, dinero a mares guardado en el banco...

La Virgen tomó una camisa magnífica del Obispo. Bajó los párpados puros. Su hijo creció ignorando esta suavidad maravillosa. El señor Obispo es millonario... Muy rico... Anillos de oro, ropas de seda, casas lindas, dinero a mares guardado en el banco... José tenía un tesoro: su martillo. Ella no necesitó realzar con alhajas su juventud: sus ojos fueron dos arrullos azules. Y Jesús pasó su primera noche de niño en las manos humildes de un pesebre. Pero, el señor Obispo iluminaba sus dedos con piedras preciosas y hablaba latín... Es millonario... El señor Obispo...

3

—*Llévame contigo*—rogó a Micaela.

La vieja lavandera accedió. Dejaron atrás el suburbio y llegaron a la casa del señor Obispo. ¡Qué brillantéz! La Virgen pensó en el fausto del sol.

—Tú, ¿le hablas?—susurró la Virgen.

—El señor Obispo habla sólo con las señoras importantes. Yo soy una desgraciada...

La Virgen hubiese querido mirarle, escuchar su palabra. El señor Obispo celebraba una reunión interesantísima, en esos instantes, con las damas de tres «de» en sus apellidos. Hubo de conformarse, pues, con observar un retrato suyo, en marco de plata: lozano, como un clavel gordo. ¡Y José tan débil y ceroso!

De vuelta al conventillo, la Virgen sollozaba.

4

Jesús se desconsoló al saber que su madre tomaba personalmente razón del mundo. Conocía la dureza de su misión y quería evitarle una diadema de inviernos en su corazón: Mas, no se atrevió a contrariarla. Recluído en su pensamiento, desolaba al cielo, con su silencio.

Apoltronado y ciego, Dios la juzgó entretenida en la construcción de nuevas cunas en el Limbo.

5

El conventillo las recibió con su coro de fétidas sombras. La noche blandía su furia helada. De los cartuchos abrumados, salían maldiciones, flantos, eructos, toses; sobre todo toses que empavorecían.

La Virgen enflaquecía visiblemente. Micaela la quería de verdad. En el conventillo, la Virgen dormía a los niños que desesperaban. Su voz les caía como una delicada venda en los sentidos.

Retornaba de la ciudad opulenta, y constataba que el conventillo era peor que todas las blasfemias.

## 6

Micaela la recomendó:

—¡Abrígate las espaldas! Esa tosecita es maligna...

La Virgen se echó un chal mugriento a las espaldas que sucumbían.

Micaela la recomendó:

—Sale. Distráete. Toma sol.

La Virgen se encaminó a una plaza donde los niños ricos lucían sus juguetes costosos y las madres rivalizaban con las flores. Un niño rubio jugaba cerca de ella. Una ternura fresca le guió la diestra cariñosa. Advertida la madre de esta intención, se apresuró a evitarla, gritándole:

—¡Déjalo, mugrienta...!

La Virgen revisó su túnica raída, sus pies amoratados. Derrotada, deshecha, se alejó, en medio del aire estupefacto.

## 7

La Madre de las Madres no volvió al conventillo. Ojerosa y abatida, tosiendo duramente, buscó el camino de regreso al Cielo.

Jesús vino a su encuentro. Se abrazaron angustiados. La Virgen habló, llena de horror:

—¡La Tierra, Hijo mío, es esto!

Y la tos inclemente sacudió su cuerpo.

—El Tabernáculo es de oro. Pero, en los conventillos,

duermen amontonados padres e hijos. ¡Debes hacer algo por los desheredados, por Micaela que compartía su pan conmigo...! ¡Pronto...!

Como una tempestad de auroras, se levantó el brazo de Jesús y rayó el espacio. El firmamento se enrojeció.

--Madre--dijo--rojo estará el Cielo hasta que los hombres sean, sencillamente, Hombres, sin pobres ni ricos. Nada podemos hacer nosotros. Sin embargo, les daremos la ayuda del Relámpago y del Fuego a los que luchan por ello...

La pareja resplandecía en el confín del crepúsculo. La Virgen y su tos desesperada. El nimbo de Jesús ardía ensangrentado.